

Jesús Avelino de la Pienda, El problema de la religión.

Editorial Síntesis (Colección Hermeneía), Madrid, 1998.

Desde hace algunos años, las investigaciones del Dr. Jesús Avelino de la Pienda (Catedrático de Filosofía de la Educación en la Universidad de Oviedo, España) se ocupan de la construcción de un marco filosófico que haga posible, y exigible, el diálogo entre las religiones. El objetivo de su trabajo es eminentemente práctico: mostrar que una educación para la convivencia interreligiosa, lejos de ser una afrenta a la majestad divina, constituye un reconocimiento activo y un homenaje al Ser infinito; mostrar, con palabras del Dalai Lama, que "si una flor es algo bello, un ramo es más bello aún". Sólo aceptándose gustosamente como partes del ramo, piensa el Profesor de la Pienda, podrán las religiones superar una historia anterior marcada mucho más por la violencia y la sangre que por la alegría.

Para dejar en claro que propósitos tan loables exigen una razón afilada, además de buenas intenciones, el estudio que comentamos se preocupa primero de probar la necesidad lógica del monoteísmo –o monoontismo– a nivel trascendental. En la apertura misma del hombre hacia el ser en general, dice el autor, aparece coimplicada la apertura hacia un Ser absoluto o Fundamento último cuya posibilidad no puede ser lógicamente separada de su realidad. Ese Ser absoluto o Fundamento último que porque puede, tiene que ser, se presenta como único y al mismo tiempo como inconcebible: "una concienticidad inobjetiva y matemática, incapaz por sí sola de evolucionar hacia un saber objetivo conceptual" (p. 106).

Se trata de una revelación trascendental del Ser Absoluto, una revelación aconceptual y

acategorial que se traduce en el nivel categorial en una pluralidad de concepciones de lo Divino, un politeísmo: esfuerzos humanos igualmente legítimos e igualmente limitados por dar nombre y concebir lo Infinito. Para el autor, esta multiplicidad a nivel categorial es un hecho tan incontable como la necesidad lógica del monoteísmo en el nivel trascendental, puesto que obedece a la variedad material en la que los diversos seres humanos desarrollan su vida; es un hecho valioso, además, dado que indica la riqueza ontológica de la religiosidad humana. Conforme con estas ideas, sostiene que hablar de una "religión verdadera" –con un valor absolutamente universal– carece de justificación filosófica. Las religiones son verdaderas para una época, una cultura o un lugar, pero ninguna puede asumir la condición de único testimonio de la revelación de Dios, del "Desconocido libre": porque teológicamente implicaría un desprecio de esa libertad que se dice adorar y porque humanamente implicaría un desprecio por otras formas, culturalmente marcadas, de concebir al Inconcebible.

La advertencia de Jesús Avelino de la Pienda tiene como blanco privilegiado las religiones abrahámicas –judaísmo, cristianismo, islamismo– por ser éstas las más agresivas tanto en el plano conceptual como en el plano histórico, empírico. A estas conceptualizaciones de lo Divino –tan proclives a enredarse en la lógica de la violencia– les recuerda que son hijas de un ahora y un aquí, y que morirán como otras religiones han muerto en el pasado. Les recuerda también que son un medio para acercarse a Dios y que no agotan las posibilidades de materialización de la religiosidad. Les recuerda por último –*corruptio optimi pessima*– que si no logran un ámbito de encuentro, si continúan considerándose cada una dueña absoluta de la Palabra divina y obligada por ello a combatir los falsos mensajes, corren el riesgo de transformarse en obstáculo para la expresión del deseo de Dios que define a los seres humanos. Un libro audaz y saludable.

Fernando Bahr
e-mail: <fbarh@arnet.com.ar>